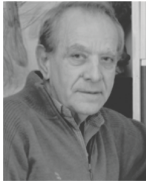




Reflexiones a 25 años de la caída del Muro de Berlín



Por Ricardo Sidicaro

Las historias del presente y de acontecimientos inmediatos suelen ser un campo de lucha por la asignación de significados mediante relatos cuyas intenciones

persuasivas tienden a pasar desapercibidas cuando se habla de sucesos de un cierto impacto valorativo y emocional. La caída del muro de Berlín es, por cierto, uno de los mejores ejemplos al respecto. El relato que convirtió ese hecho en el “fin del comunismo” le adjudicó al mismo una significación que objetivamente apuntaba a conducir a reflexiones convenientes a quienes así resumían lo ocurrido. Mediante ese enunciado quedaban obturadas las referencias a “la rebelión popular contra un régimen autoritario sostenido por una de las dos potencias imperialistas que disputaban la hegemonía mundial”. Desaparecía, también, la no menos evidente situación de colapso del poder soviético de la que la administración Gorvachov era su síntesis. Por razones íntimamente asociadas, el silencio sobre la secuencia “la rebelión popular exitosa contra una dominación imperialista” conducía a la celebración de las movilizaciones sociales que “reclamaban libertades públicas cercenadas en nombre de la ideología marxista”. No se incluían, tampoco, en los relatos destinados a imponerse en la opinión pública, las menciones a los múltiples observables empíricos de la profunda crisis soviética, ya que el supuesto vigor y poder expansivo de ese régimen había sido la justificación de los EE.UU para imponer y avalar la instauración de regímenes dictatoriales en el Tercer Mundo. Mientras que la primera “rebelión popular” de Alemania del Este del año 1953 contra el imperialismo soviético, violentamente reprimida por el Ejército Rojo, había entrado en las crónicas occidentales como tal, la de 1989 se encontró con el comunismo exhausto de Mijail Gorvachov, que consciente del fracaso del capitalismo de estado dejó librados a su suerte a los regímenes satélites

sometidos a su dominación cultural, política y económica. En la coyuntura en que el Muro de Berlín comenzó a ser desbordado por arriba, conservaba sólo fuerza simbólica ya que estaban abiertas las fronteras con Hungría por donde se podía pasar libremente a occidente.

Si se consideran todas las resistencias populares contra los gobiernos de los países del Este, la de Alemania oriental fue la que tuvo menos mentores intelectuales conocidos. Rudolf Bahro, cuyas ideas quedaban resumidas, en parte, en el título de su libro "La Alternativa en Europa Oriental. Una contribución a la crítica del socialismo actualmente existente", distaba de coincidir con las propagandas occidentales que adjudicaban a las ideas de Karl Marx la paternidad de los sistemas políticos de Europa oriental. El experimento soviético había sido un suceso inesperado en el marco de las precondiciones de la metáfora arquitectónica marxista, ya que la estructura económica de 1917 no generaba las bases materiales para la transición al socialismo, razón por la cual Antonio Gramsci la definió como una revolución contra El Capital. Lenín había desdeñado ese obstáculo y con la idea de que la cadena de los países capitalistas se rompía por el eslabón más débil supuso que en la subdesarrollada Rusia podía empezar una transformación que siguiendo la lógica de sus lecturas se completaría cuando Alemania con su capitalismo más desarrollado sumase el factor estructural faltante. Más perezosos en sus lecturas y menos imaginativos, los burócratas que ampliaron el imperio con la Segunda Guerra Mundial no se debieron preguntar cual podía ser el eslabón más débil de su cadena imperialista. Los jefes de las máquinas políticas de los países del Este tuvieron, en general, escasos reconocimientos en sus poblaciones ya que se los veía como producto de una dominación extranjera. La diferencia yugoslava no fue ajena al carácter autónomo de la revolución de Tito. En el plano interno la URSS fue, a su vez, un



Reflexiones a 25 años de la caída del Muro de Berlín

sistema de dominación de nacionalidades que considerando simplemente las desigualdades de crecimiento demográfico, en 1978 la historiadora Helene Carrere d'Encausse había previsto los conflictos que ocasionaron su disolución. El enfrentamiento capitalismo- comunismo, o, más precisamente, capitalismo privado-capitalismo burocrático, fue el suelo propicio para que ambas partes construyesen relatos persuasivos, que al igual que todos los producidos por los actores de las más disímiles situaciones políticas, proveyeron materias primas para emocionar a los emocionables y para elaborar las leyendas, en sentido weberiano, que

justifican sus pretensiones de poder. La sociología, ciencia que por principios teórico-metodológicos, desconfía de las explicaciones o interpretaciones de los actores, puede encontrar en los significados que proponen en sus relatos las trazas para analizar el campo relacional en que se inscriben sus menciones y omisiones. Volviendo al Muro de Berlín, los relatos formulados desde la óptica de las potencias occidentales tenían que resolver el difícil problema de cómo adjudicar significados a una “rebelión popular” tanto ante sus propias poblaciones como ante aquellas de los países con los que mantenían relaciones de dominación.